



TESIS VIII

### TESIS VIII

#### **8.- Europa: diagnóstico y posición ante el proyecto de integración europeo, y en concreto, ante el actual modelo de integración definido en la Europa del euro**

##### **Un debate sereno y bien preparado sobre la base de la experiencia**

Partiendo de un mínimo diagnóstico común –las nefastas consecuencias de las políticas neoliberales aplicadas en la UE y el déficit estructural de sus instituciones-, hay actualmente un debate abierto en el seno de la izquierda europea acerca de cuál debe ser la posición más adecuada a partir de ese diagnóstico.

Una corriente de pensamiento plantea la necesidad de crear un amplio movimiento ciudadano que coordine, impulse y desarrolle alternativas al modelo de integración definido en la Europa del euro, partiendo de la necesidad de estructuras políticas, institucionales y económicas regionales europeas en un mundo globalizado.

La reciente presentación en Madrid de un “Plan B para Europa contra la austeridad y por una revolución democrática” es la mejor muestra de que esta posición comienza a articularse.

Otras fuerzas políticas en el seno de la izquierda plantean que esta postura es insuficiente y es necesario ir a una ruptura con la UE, promoviendo la salida de España de la propia UE y del euro.

Creemos que la posición de IU, no debe ser favorable a una ruptura unilateral con el euro, aunque destacamos que la unión monetaria exacerba las dificultades para salir del marco neoliberal en el que se configura la política de nuestro Estado. Pero no consideramos que esa salida suponga un avance inmediato para las demandas e intereses de las clases populares de nuestro país. Por el contrario, entraña riesgos para la estabilidad de un Gobierno de izquierdas que hiciera de la recuperación de una moneda propia la herramienta imprescindible para la transformación económica y social del Estado.

Ello no significa que consideremos que la permanencia en la unión monetaria sea la única estrategia posible en los países de la Eurozona. En cada país la izquierda es soberana y se enfrenta a un contexto histórico y un peso ideológico distintos, que determinan también una distinta capacidad de organización, movilización e influencia, en lo electoral y más allá. Si la crisis en cada una de las economías periféricas de la

eurozona tiene causas y rasgos muy similares, su resolución admite, en lo concreto, más de un programa posible.

Hay que comenzar reconociendo que la débil capacidad productiva y la tendencia a registrar déficits de balanza de pagos cada vez que la tasa de crecimiento acelera, anteceden con mucho a la creación de la moneda única. Ésta debilidad, resultado de un modelo productivo dependiente de las multinacionales extranjeras y de sectores como la construcción y el turismo, antecede incluso a la entrada de España en la CEE, en tanto que la integración subordinada en la economía occidental domina ya la política económica de la dictadura en los '60. También habrá que reconocer que la vuelta a una nacional "peseta" no altera por sí misma la correlación de fuerzas y no resuelve ningún problema de nuestra política si no existe otro Gobierno con voluntad política para hacerlo.

¿Tendría la mera racionalización de la política monetaria un efecto expansivo? No es claro que una devaluación tuviera un efecto expansivo, debido al diferencial entre las especializaciones de importación y exportación de la economía española (lo que reduciría el potencial de un efecto sustitución de las importaciones por productos interiores) y la relativa inelasticidad de las exportaciones españolas, salvo en sectores como el turismo donde, sin embargo, existen ya señales de sobreuso y sobreexplotación. La experiencia de las devaluaciones competitivas anteriores a la entrada en la UE no fue positiva. Más aún, el colosal sobreendeudamiento exterior de la economía española (con pasivos netos que ya avicina el 100% del PIB) se incrementaría peligrosamente con una caída brusca del tipo de cambio.

Más aún, estabilizar el tipo de cambio para evitar una carga excesiva del endeudamiento exigiría tipos de interés muy elevados o una política de austeridad para evitar el desbordamiento de las importaciones; igualmente o bien una reestructuración de la deuda y controles de capitales que evitarían el problema de las cargas, pero dificultarían el acceso a nueva financiación en el corto plazo, lo que igual exigiría políticas relativamente depresoras de la demanda interior.

En este sentido, la penetración de las políticas neoliberales de austeridad (recortes públicos, precariedad salarial...) tiene una base más profunda que la voluntad política de los partidos mayoritarios en la competencia exterior con la que el capital financiero disciplina a los estados periféricos.

A esto cabe añadir los costes adicionales de una salida unilateral: caos monetario en la transición, cierre -probable- de la financiación exterior etc. La intervención de urgencia del sector bancario que debería acompañar esta transición se encontraría con la dificultad añadida del hiperdesarrollo de la burocracia bancaria, como consecuencia de su concentración y fuerte presencia internacional, lo que retrasaría su toma de control por parte del Estado.

No parece que estos costes fueran asumibles por la población, lo que o bien minaría la base popular de un gobierno de izquierda que los intentara, o bien imposibilita directamente su elección.

Asumimos, en cambio, que la permanencia en el euro plantea una intervención permanente de nuestra soberanía en beneficio de los intereses colectivos de los capitales nacionales europeos. El BCE no es un prestatario neutral de liquidez-de-último recurso para los Estados. Al inicio de la crisis, cuando resultó evidente la

quiebra de las finanzas públicas, permitió que los tipos de interés subieran a las nubes para luego apretar las tuercas de los estados periféricos, en conjunción culpable con el FMI y la Comisión. Allí donde esa presión no fuera suficiente, el BCE amenazó -y sigue amenazando- con dificultar la financiación regular del sector bancario, lo que no es sino el chantaje de un corralito sobre los Gobiernos que lo desafían. Una posición que no es una mera amenaza, como se evidenció en Grecia.

Es por ello que el debate ruptura unilateral vs aceptación pasiva de las políticas de la Eurozona conduce a la misma situación: la continuidad de las políticas neoliberales. Por el contrario, debemos situar nuestra acción en el espectro entre salida negociada y democratización de la política monetaria: lo que incluye la adopción de políticas unilaterales para forzar la adopción de cambios políticos (de la restricción de movimientos de capitales hasta, en casos extremos, una doble moneda oficial).

**Con ese objetivo, debemos aportar estrategias a nivel europeo que eduque y movilice a la sociedad bien informada, para que presionen a los responsables políticos y les obliguen a justificar el interés colectivo de sus decisiones y agrupar esfuerzos para abrir un medio de comunicación internacional que informe y oriente a las sociedades sobre un modelo social no capitalista.**

Nada se consigue sin luchar. Algunos países del Norte han hecho amago de ofrecer una salida negociada para el euro, afirmación superficialmente creíble por el relato que pretende que los "costes" de sostener a una economía periférica -en términos de préstamos con los que cubrir los rescates financieros, la deuda pública que no encuentra comprador en los mercados etc. Son excesivos para las economías centrales. Pero lo cierto es que debajo de los gritos y los aspavientos, el capital europeo sigue teniendo en las economías periféricas un buen negocio -y aún un buen ejemplo, pour encourager les autres, de la importancia de mantener una economía "competitiva" si desea evitarse los efectos devastadores de la austeridad.

En cuanto una democratización progresiva de la política monetaria, es evidente que ésta no puede llegar sin la presión coordinada por adoptar políticas salariales y fiscales más expansivas.

En ambos casos, por lo tanto, y más aún cuando un Gobierno de izquierdas deba avanzar en su desafío a Europa se requiere organización capaz de movilizar y concienciar de los costes y de la necesidad de políticas alternativas. Por ello debemos situar el debate del euro en España dentro de la oposición entre capital y trabajo en vez de reactivar discursos nacional-populares de efectos desintegradores en un Estado plurinacional y profundamente desideologizantes) en la medida en que su sustrato -en España- es una ciudadanía a imagen de las frustraciones e individualismo de las autodenominadas clases medias).

El debate es suficientemente complejo y de largo alcance en el tiempo como para ser abordado con la conciencia de que no hablamos de soluciones a corto plazo. En cualquier caso, experiencias de debates anteriores en IU sobre la cuestión europea nos deberían llevar a abordarlo con la serenidad suficiente como para buscar un amplio consenso que quizás pueda pasar por impulsar el Plan B como una propuesta de mínimos que pueda ir ampliándose en el futuro.

IU; sí; con más fuerza

